

Águeda Pía Fernández Martínez.

Una mujer en vilo

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

*El recuerdo es vida vivida.
El pasado no se borra, cuenta siempre.*

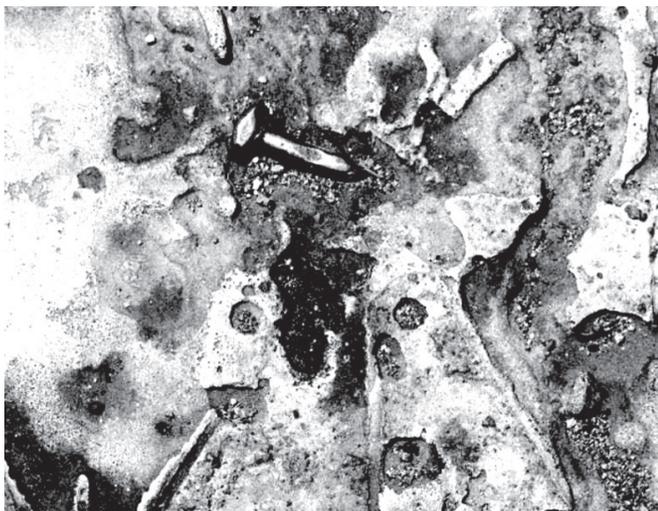
Águeda Pía Fernández:

Detrás de tu actitud dubitativa y tu silencio, la palabra rompe el cerco y te revela. Eres como una niña “que escoge juguetes de una caja llena de ellos y los coloca en cierto orden para crear una escena o contar una historia” (Beristáin y Ramírez, 2009: 21). En cada palabra, cada frase, Águeda nos dice algo propio de su persona y de su vida, una vida que fue un constante devenir. Águeda Pía Fernández, *una mujer en vilo* que vivió en lo alto...

La mirada fija en un punto distante se pierde en el laberinto de la memoria. La actitud dubitativa de la persona en el retrato nos lleva a hacernos la pregunta. ¿En qué piensas, Águeda Pía Fernández? Acaso el pasado te envuelve para que nos cuentes tus experiencias. Primeros recuerdos, tu pueblo natal, Pasajes Ancho (Guipúzcoa, España), pueblo pesquero que te vio nacer y crecer, acogida en el seno de una familia amorosa. Una familia que giraba en torno al hombre de la casa. El recuerdo de tu padre es firme en tu pensamiento, un hombre que influyó de manera notable en tu vida. Tu padre fue un escritor que debió abandonar su vocación para buscar un medio más adecuado para sostener a su familia. Es a él a quien debes tu pasión por la literatura. Además de admirarlo como padre, lo admirabas como un hombre de ideas liberales. Recuerdas, Águeda, que tu padre decía que la mujer debía tener un lugar preferente en la sociedad. Se le deben proporcionar los medios para que se sienta un ser pensante y tenga la dignidad que le corresponde a toda persona de mente universal. Tú quisiste ser esa mujer que tu padre anhelaba.

Los recuerdos de tu infancia y primera juventud en España siempre te acompañaron. Nacistes en un matrimonio de amor y siempre estuviste rodeada de ese amor. Los días de colegio y las esperadas vacaciones en la quinta Villa Americana, en casa de tus abuelos o los tíos, dichosos tiempos aquéllos. Desde chica la presencia del mar te envolvió. Una educación sólida permitió reforzar las ideas que tu padre te inculcó. Fue en la ciudad de San Sebastián, con escasos 16 años, en medio del mar y tus lecturas, donde decidiste cómo deberías ser siempre. Desde tu juventud participaste en conversaciones políticas, musicales y pictóricas. Comprobaste que la mujer dotada de educación podía constituirse en un ser de mente universal. Tus aficiones lo demuestran: escribir, apreciar la pintura y escuchar música abrían tus sentidos para interpretar el mundo de manera diferente; por eso percibes con mayor ímpetu el campo y el mar, tu querido mar. Pero también está la España

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (bcano.deh@inah.gob.mx).



desgarrada por la guerra. La idea del triunfo por parte del bando republicano te daba esperanzas de que tus sueños se cumplirían. Sin embargo, la realidad es cruel: el año de 1936 alteró tu futuro y el de España. A partir de ese momento te convertirías en una mujer que participó de manera activa en las filas republicanas, desde la tribuna de diferentes medios impresos. *El Altavoz del Frente* de Madrid fue un testigo del fervor que imprimiste para defender la causa republicana. Estabas totalmente entregada a un deseo, el de colaborar para que la juventud de España, y entre ésta las mujeres, participara de una forma digna en el devenir de su patria.

El avance de los franquistas obligó a tu padre a tomar una decisión difícil: separar a la familia. Él y sus hijos mayores se quedarían en Madrid, mientras que el resto saldría hacia Levante. En Valencia te integraste a *Films Popular* y, poco después, al diario *La Hora*, como parte del equipo de periodistas jóvenes. Con la caída de Madrid debiste trasladarte a Barcelona, ciudad donde colaboraste en la revista *Trincheras*. La vida en Barcelona era peligrosa por los constantes bombardeos que sufría por mar y tierra. Por tu participación en la revista abandonaste la capital catalana cuando era inminente su caída ante las tropas franquistas. Decidiste ir a Francia. En Figueras encontraste por casualidad a tu madre y a tus hermanos pequeños. Con ellos te dirigiste a Chevreuse, punto donde se hallaban numerosos refugiados españoles. Allí colaboraste como instructora de cultura general para los niños; por tus antecedentes de estudio y trabajo se te presentó la oportunidad de salir hacia dos países: México y la Unión Soviética. Ante las alternativas, optaste por el primero. "Al final me libré de ir a prisión con el destierro voluntario. Tomé el camino de la libertad de pensamiento" (Fernández, 2001: 21).

¿Águeda, recuerdas que tu salida de España fue muy triste? En uno de esos irs y venires por el territorio español perdiste los pocos objetos que representan tu pasado. ¡Perdiste tu pasado, pero dejarás la memoria donde ardía! Resultó doloroso abandonar tu patria tras un largo peregrinar, de Levante a Barcelona, de Barcelona a Chevreuse, Francia. Y por fin llegaste a tierras americanas. Arribaste al puerto de Veracruz. Te costó trabajo bajar del barco. No querías hacerlo. Fue allí cuando te diste cuenta de tu situación de exiliada, pero también "aquí, en el valle de México, donde vuelvo a recobrar me, a sentirme 'uno' en la humanidad más plena". Tu tristeza debía quedar atrás. Ahora te enfrentabas a un nuevo reto: abrirte paso en un país del todo nuevo para ti, sin ningún lazo afectivo y social. Ya en la ciudad de México, y gracias a la recomendación de José de Jesús Núñez y Domínguez, quien fungía como director del Museo Nacional, Alfonso Reyes te ofreció que trabajaras con él como su asistente. Habías entrado por la puerta grande a la vida intelectual de este país: "Día a día en mi trabajo, en el trato con mi superior, en la relación con las personas que don Alfonso atendía, iba yo a conocer lo más selecto en el pensamiento de hombres y mujeres de México y lo mejor de la intelectualidad trasterrada española". Existía una fraternidad entre los pensadores mexicanos y los españoles. El intercambio de ideas y de conocimientos fue un beneficio para ambos grupos.

De trabajo y aprendizaje fueron los cinco años que estuviste bajo las órdenes de Alfonso Reyes. Además, llevaste una intensa vida cultural: los conciertos, las conferencias, la visita a museos y a zonas arqueológicas llenaban tus horas libres. Así fuiste conociendo y amando a la nueva tierra a donde habías venido a vivir para siempre. Un episodio que recuerdas con gran cariño fue cuando don Alfonso te dijo: "Águeda, usted tiene una mente universal". Se había cumplido el deseo de tu padre. En esa época conociste a diversas personalidades, y con algunas de ellas entablaste amistad; por mencionar algunas: Daniel Cosío Villegas, Leopoldo Zea, Manuel Cabrera, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Margarita Mendoza López. Nunca abandonaste tu oficio de escritora. A la par de tu trabajo con don Alfonso escribías colaboraciones para algunas publicaciones y notas de arte para la revista *Rueca*. Gracias a esta actividad apreciaste la obra de varios artistas plásticos. Por ejemplo, Valetta Swann, Uxío Souto, Ricardo Martínez, María Izquierdo y Frida Kahlo. Textos que se encuentran recogidos en tu libro *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*. En el año de 1942 obtuviste tu carta de

naturalización. Abrazaste a este país como algo muy tuyo. Durante la primavera del mismo año, en Acapulco, un episodio de lo más singular determinó la elección del tipo de hombre que buscabas como compañero: "Pensé: el hombre debe ser un artista". No había ninguna duda de que tus "sinos" en la vida habían sido el mar y la pintura.

Las reacciones que desató tu interés hacia el pintor Raúl Anguiano y posterior matrimonio con él fueron de desaprobación total. El pintor Roberto Montenegro dijo: "Es un malagradecido". Daniel Cosío: "Ya metió la pata hasta lo hondo". Y las menos: "Me gusta, pero creo que es un brillante en bruto". "Tiene tipo de torero. Me agrada." En septiembre de 1944 te casaste con Anguiano, un hombre que sólo se dedicaba a la pintura y al que no le interesaba nada más. Iniciabas una nueva etapa en tu vida. Trabajarías para el beneficio de Anguiano y para tu propio bien. Tú la veías como una labor en conjunto, en equipo. Ayudabas en cuanto fuera necesario: lavabas sus pinceles, molías los colores, lo acompañabas en sus viajes; correctora de textos y de pruebas, estabas atenta a las exposiciones y realizabas los contratos; en algunos casos incluso le indicabas el lugar para pintar. Todo ello te daba derecho a decir "hemos trabajado", al considerar que había tenido una participación en el desarrollo y ejecución de la obra. Colaboración incondicional, de tiempo completo: "Me aparté totalmente del Colegio de México y también de los medios españoles".

¿Cuál es el recuerdo que tienes de Raúl Anguiano? Una vida llena de trabajo; mañana y tarde con modelos en su estudio, y por el atardecer su clase en la escuela de pintura y escultura La Esmeralda del INBA, viajes, exposiciones. Ausencia total en la vida familiar.

Un hombre dominante que modificó tus hábitos. Dejaste de ver a la gente de frente. Variaste tu forma de vestir. Reprimiste tu sonrisa y tuviste que bajar el tono de tu voz. "Este cambio, mejor dicho, esta represión fue en detrimento de mi carácter risueño que tuve que refrenar." Debiste ir modificando tu personalidad para complacer al hombre que amabas.

Tal vez tu matrimonio se resumiría como un cuadro de claroscuros. La luz: los primeros años de tu matrimonio y el nacimiento de tus dos hijos; los oscuros: la indiferencia, los insultos, el sometimiento, la falta de amor. Una relación en plena zozobra. La ruptura era inminente. El proceso del divorcio constituyó un trago amargo: humillaciones, falsos testimonios, encarcelamiento y despojo. Y al final: "Quedé con la mente clara y el corazón solitario, limpio de mancha".



No quiero ver cosas rotas, ni tocarlas.
No quiero que me maltraten ni con el gesto ni con la palabra.
La vida siempre es bella.
La naturaleza renace cada día.
Los niños son la savia que la hace vibrar.
Los adolescentes la quieren transformar.
Los adultos la quieren ordenar.
La vida seguirá su marcha infinita.
Es algo matemático.
Nací frente al mar. Me casé rodeada de mar.
¿Será el mar el que me lleve a la tierra?
¿Dejaré, algún día, de ser una mujer en vilo?

En cada palabra, en cada frase, Águeda Fernández nos dice algo propio de su persona y de su vida: una vida que fue un constante andar. Un testimonio fehaciente de lo que significó la incertidumbre ante la guerra y la tenacidad para sobrevivir ante situaciones difíciles. Sufriste el desgarramiento de ver a tu familia separada, pero ello no fue un obstáculo para que salieras adelante. Los amargos momentos y las grandes satisfacciones forman parte de la vida de una mujer en vilo, como lo eres tú.

Bibliografía

- Beristáin, Helena y Gerardo Ramírez Vidal (comps.), *Crisis de la historia. Condena de la política y desafíos sociales*, México, UNAM, 2009.
- Fernández, Pía Águeda, *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*, México, El Ermitaño (Minimalia), 2001.
- _____, *Una mujer en vilo*, México, El Ermitaño (Minimalia), 1999.